

Los grupos pentecostales:

Una experiencia cristiana que nos sigue cuestionando

—
Fr. Jorge A. Scampini O.P.^{1*}

A partir de la Reforma del siglo XVI, y a nivel global, el protestantismo ha experimentado un creciente proceso de diversificación, que lo ha convertido para gran parte de los católicos en una realidad difícil de conocer en su complejidad. Un riesgo que se sigue es caer en la tentación de sobrevolar esa realidad formulando juicios no bien fundados o no verificados. En el caso de nuestro país, la presencia protestante ha sido el resultado de tres corrientes diferentes: a) Un protestantismo de ‘residentes’ y ‘de inmigrantes’, a partir de la tercera década del siglo XIX (anglicanos, presbiterianos, luteranos, reformados y valdenses); b) Un protestantismo ‘de misión’, desde mediados del mismo siglo, y cuyas exponentes más conocidos son los metodistas y los bautistas; c) Por último, el protestantismo evangélico de tipo experiencial, desde las primeras décadas del siglo XX, del cual la corriente más activa y difundida es el pentecostalismo. En su presentación de los ‘rostros’ del protestantismo latinoamericano, J. Míguez Bonino afirmaba que hasta la aparición de pentecostalismo, el protestantismo sólo había logrado recoger “el polvo suelto en la superficie de la sociedad latinoamericana”.² El actual mapa del protestantismo en Argentina expresa aún esa imagen.³

En efecto, en las últimas seis o siete décadas el pentecostalismo ha constituido la única fuerza ‘concurrente’ con la Iglesia católica comprometida en el anuncio de Jesucristo y que, como fruto de ese empeño, ha generado un nuevo y diferente ‘modo de ser Iglesia’. Para los católicos se trata de una realidad desafiante, ya que esa expansión se ha dado sobre todo a costa de la Iglesia católica y, con su poder de convocatoria, le ha permitido ocupar un espacio público en los grandes debates de la sociedad argentina –pensemos en lo sucedido con ocasión del debate por la legalización del aborto y la clara defensa de la vida desde la concepción-. Ahora bien, como católicos en un país históricamente católico, no encontraremos una respuesta adecuada a este fenómeno y no ensayaremos modos de relación con él hasta dilucidar su significado: ¿Se trata de un problema pastoral al que aún no se le ha encontrado una respuesta satisfactoria? O,

^{1*} Profesor de Teología Dogmática en la UCA y en el CEOP. Miembro de *Communio* Argentina.

² J. Míguez Bonino, *Rostros del protestantismo latinoamericano*, Wm.B. Eerdmans, Grand Rapids-Cambridge, 1995, 57.

³ Si tuviéramos que ponerle nombre y fecha de institucionalización a las denominaciones pentecostales con una presencia más temprana en nuestro país: Iglesia Cristiana Bíblica (1916); Asociación Evangélica Asambleas de Dios (década del 20); Iglesia de Dios (1927); Asociación la Iglesia de Dios (1952); Iglesia Evangélica Pentecostal Misionera (1953). A ellas se sumaron la Asamblea Cristiana; la Comunidad Cristiana; la Iglesia Pentecostal de Santidad; la Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular en Argentina.

sin negar esto, ¿estamos ante una experiencia de vida cristiana de la que seguramente debamos aprender algo?

Un paso a dar para afrontar el desafío planteado por el pentecostalismo, pastoral y ecuménicamente, es discernir si *éste* ha significado *sólo* una ruptura con el catolicismo o estaríamos más bien ante la expresión de una cierta continuidad, que ha preservado en una gran parte de nuestro pueblo aspectos nada relativos de la fe y la moral cristiana. Esta segunda posibilidad cuestiona la actitud más generalizada que se ha dado hasta hoy en muchos ámbitos católicos, ya que una visión simplista, por el origen protestante del pentecostalismo, puso el acento en la ruptura, viendo sólo los peligros que el avance evangélico representaba para la Iglesia católica. Hace una décadas era habitual escuchar hablar de una 'invasión de las sectas' fomentada por intereses foráneos, y que, sin demasiado discernimiento, ubicaba en la misma 'bolsa' realidades muy diversas, fueran *éstas* cristianas o no.⁴ Ese tipo de afirmaciones era una versión reciclada de aquella ya presente en los ámbitos católicos de América Latina a fines del siglo XIX, cuando las primeras incursiones del protestantismo de misión eran saludadas por las élites criollas ilustradas como un prometedor signo de apertura y de progreso ante un catolicismo que consideraban retrógrado. Era el momento en que los católicos veían multiplicarse leyes laicistas y anticlericales. La persistencia en este tipo de visión ha impedido ver a tiempo cuándo y de qué modo se fue difundiendo el pentecostalismo en nuestro país y las razones que explican la acogida de su predicación por parte de muchos católicos.⁵

Una visión más matizada, en cambio, con capacidad de discernir los elementos de continuidad, llevaría a aceptar como un dato de la realidad que la captación de católicos por el mensaje pentecostal –la mayoría de los cuales carecía de una adecuada atención pastoral-, ha evitado que éstos cayeran en los verdaderos males: la indiferencia religiosa, la superstición y los cultos no cristianos, y una vida moral desordenada. Por eso es necesario saber plantearse los interrogantes. Cuando se produce un cambio de afiliación religiosa la respuesta adecuada nunca puede reducirse a la denuncia de la acción explícita o implícita de la nueva comunidad que acoge, ya que se debe considerar también qué es lo que en la comunidad de origen ha favorecido ese éxodo. O, en otras palabras, hay que tener la lucidez suficiente para evaluar qué ha dejado de hacerse pastoralmente en la Iglesia católica, o se lo ha hecho de un modo que no ha respondido a las exigencias de los cambios demográficos, sociales y culturales. Pero tal vez haya que dar un paso más: ¿el hecho de que un número considerable de católicos haya dejado visiblemente la Iglesia católica, atraídos por otros grupos que predicán a Cristo –nuestra especialidad-, no nos sugiere que hay algo que podamos aprender de

⁴ Como ejemplo, por lo poco matizado de sus expresiones, ver Documento de Santo Domingo (1992), nn. 138-139, 145.

⁵ Cf. D. Míguez, «El protestantismo popular en Argentina. Las lógicas de expansión del pentecostalismo durante el siglo XX», *Anuario IEHS* 17 (2002): 163-199

esos otros cristianos?⁶ Evidentemente, una actitud semejante no significa permanecer en el reconocimiento de un fracaso, sino abrirse a la posibilidad de generar algo nuevo al servicio del Evangelio, aunque esto exija vivir varias ‘conversiones’, de las que es tan habitual hablar hoy: una ‘conversión pastoral’ o, incluso, una ‘conversión eclesial’.⁷ Ahora bien, en toda conversión el primer momento es el cambio de la mentalidad que permite ver algo de un modo nuevo, diferente, y luego actuar en consecuencia. Es en esta perspectiva que quisiera ofrecer estas reflexiones, y lo haré en tres tiempos:⁸

1. Los datos que nos presenta la realidad
2. Una interpretación teológica de la experiencia pentecostal
3. ¿Cómo se presentan los pentecostales en su diálogo con los católicos?

1. Una realidad que nos habla: ¿por qué se van los que se van?

A la hora de ver el modo en que los pentecostales anuncian el Evangelio, o proclaman el misterio de Cristo, sería conveniente repasar las razones que aducen quienes han dejado la Iglesia católica y engrosado las filas de una asamblea pentecostal, más allá del grado efectivo de pertenencia a la Iglesia que tenían, ya que al dar cifras no se suele distinguir entre una pertenencia ‘efectiva’ o sólo ‘nominal’. En otras palabras, ¿cuáles han sido los motivos determinantes que han llevado a bautizados católicos a incorporarse a un grupo pentecostal? Es un modo de evaluar la realidad del *terminus a quo*, señalando nuestra responsabilidad y los desafíos a afrontar en nuestra propia casa.

Según las cifras relativas a nuestro país que suministra el Pew Forum (2014),⁹ el 55% de los evangélicos declara haber sido educado en la fe cristiana como católico. Evidentemente, esto se refiere a las actuales generaciones. Las razones aducidas para el cambio de afiliación, en un orden decreciente, habrían sido las siguientes:

⁶ Esa convicción me ha acompañado en los últimos años; cf. J.A. Scampini, «Pentecostales y católicos: Hacia un ‘intercambio de dones’ para un anuncio renovado del Evangelio», en A. Spadaro/C. Galli (eds.), *La Reforma y las reformas en la Iglesia*, Sal Terrae, Maliaño, Cantabria, 2016, 475-493.

⁷ Cf. *Evangelii Gaudium* 23-33; Congregación para el Clero, Instrucción *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia* (20.07.2020), nn. 14-26: <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2020/07/20/inst.html>

⁸ Para un mayor desarrollo de lo que presentaré me remito a dos contribuciones previas: J.A. Scampini, «El anuncio/proclamación del kerygma en el pentecostalismo», en Conferencia Episcopal Argentina, *La inculturación del Kerygma. Algunos caminos*, Oficina del Libro, Buenos Aires, 2019, 61-83; id., «La Iglesia en el movimiento pentecostal De un modo de ‘vivir la Iglesia’ a los primeros ensayos eclesiológicos», *Revista Teología* LVIII, N° 136 (2021): 73-120.

⁹ Cf. *Religion in Latin America. Widespread Change in a Historically Catholic Region*: <https://www.pewforum.org/2014/11/13/religion-in-latin-america/>

La búsqueda de una experiencia más profunda de Dios ¹⁰	67%
Haber encontrado una comunidad que ayuda más a sus miembros	59%
La experiencia de oración en la nueva iglesia	56%
Haber sido alcanzado por miembros de la otra iglesia	55%
Un mayor énfasis en la moral	49%
Problemas personales	45%
La búsqueda de un mayor bienestar económico	20%
El matrimonio con un no católico	2%

Ningún católico podría cuestionar la legitimidad de las razones aducidas y su motivación auténticamente religiosa, más aún, la mayoría de esas razones se relaciona de modo directo con aspectos centrales del ser Iglesia (la profesión de fe, la celebración de esa misma fe y, como una consecuencia lógica, la caridad fraterna y el testimonio).

Ante las explicaciones que ofrecen las ciencias humanas y sociales, muy valiosas en sus propios ámbitos, las razones psicológicas o de índole material no parecen ser tan determinantes. Si un lugar común ha sido afirmar que la expansión pentecostal se ha dado entre las clases más desfavorecidas, periféricas,¹¹ precisamente porque son desfavorecidas y poco formadas, se debe reconocer que el crecimiento de esas periferias ha puesto de manifiesto la dificultad católica de responder adecuadamente a los nuevos desafíos que se han planteado. Por otra parte, los grupos históricos del pentecostalismo, que se conocen habitualmente como ‘pentecostales clásicos’, y son el objeto de esta presentación, no se identifican en absoluto con aquellos grupos que se caracterizan por la predica de un ‘Evangelio de la prosperidad’¹² o por los grupos ‘carismáticos’ que instrumentalizan el Evangelio con otros fines, como es el caso de la Iglesia Universal del Reino de Dios.

¹⁰ Este porcentaje asciende en El Salvador al 93%; en Guatemala al 91%; y en Nicaragua al 90%.

¹¹ Algunos estudios recientes relativizan esas afirmaciones: H.G. Aasmundsen, *Pentecostalism, Globalisation and Society in Contemporary Argentina*, Elanders, Stockholm, 2013; J. Koehrsen, *Middle Class Pentecostalism in Argentina. Inappropriate Spirits*, Brill, Leiden-Boston, 2016.

¹² Cf. A. Spadaro/M. Figueroa, «Teología de la prosperidad. El peligro de un “evangelio diferente”», *Selecciones de teología* 58, N° 231 (2019): 243-250; M.J. Cartledge, «“Liberation Theology opted for the Poor, and the Poor opted for [Neo-]Pentecostalism”: Illustrating the Influence of the “Prosperity Gospel” in Brazil», en V. Schmiedt Streck/J.C. Adam/C. Carvalhaes (eds.), *(De) coloniality and religious practices: liberating hope*, International Academy of Practical Theology conference series 2 (2021): 82-89: <https://iapt-cs.org/ojs/index.php/iaptcs/issue/view/39/IAPT-CS%20Vol%202%3A%20DeColonialityandReligiousPractices>

Por eso, no podemos dejar de preguntarnos: ¿por qué se han ido los que se han ido?; ¿qué carencias encontraban en sus comunidades católicas de origen?; ¿en qué eslabón de la cadena del itinerario de la vida cristiana, desde el bautismo a las sucesivas etapas de formación y crecimiento en la fe, se encuentra esa fragilidad que no ha logrado retener a todos los que fueron engendrados a la fe en la Iglesia católica?; ¿se trataría de una incorporación a la comunidad cristiana sin haber experimentado el poder salvífico del *kerygma*? O si esto se ha dado, ¿no será que el proceso propio de la *didaché* no ha calado hondo en la vida de los fieles?

Estas preguntas deben formularse antes de abordar el *terminus ad quem* de aquellos que han dejado la Iglesia católica.

2. Una interpretación teológica de la experiencia pentecostal

a) Una realidad compleja y la dificultad de un abordaje simple

Por su realidad vivencial y fragmentada, no es fácil hacer demasiadas teorizaciones o sistematizaciones sobre las doctrinas pentecostales. Los trabajos teológicos más serios al respecto no han sido elaborados en nuestro medio; y, en lo que respecta a lo ya elaborados, es difícil decir hasta qué punto lo que afirman, se vive de modo consciente en todas y cada una de las expresiones locales del movimiento pentecostal. A nivel global se constata una disparidad entre los grupos pentecostales del hemisferio norte y los del sur global. Esa disparidad se percibe también en el ámbito de la investigación teológica y de las publicaciones sobre el pentecostalismo. En el hemisferio norte, donde es probable que residan menos del 10% de los pentecostales, se produce más del 90% de las investigaciones. Es la razón por la cual los seminarios y los ministerios de capacitación pentecostales en el sur utilizan el material publicado en el norte como el principal material prescrito, a pesar de que ese material a menudo tenga poca resonancia en el entorno cotidiano del propio contexto.¹³ Por eso no es extraño que en nuestro medio las nuevas generaciones de pentecostales, ‘más letradas’, incluso con grados académicos a nivel de doctorado, se nutran intelectualmente de lo que se produce en el hemisferio norte.

Teniendo en cuenta lo que acabo de afirmar, creo que un intento de profundización teológica del pentecostalismo en nuestro medio debe contar con una doble fuente: una lectura de la realidad, análoga a lo que realiza la teología católica argentina al tratar la religiosidad popular; y, al mismo tiempo, dejarse orientar como criterio de interpretación y discernimiento por los elementos que ofrece la reflexión teológica más sistemática elaborada en otros contextos. Este segundo elemento es fundamental para que nuestras proyecciones o pre-comprensiones del tema no nos hagan perder de vista cómo se ven los pentecostales a sí mismos.

¹³ Cf. M. Clark, «Pentecostal Ecclesiology: a view from the Global South», Paper presented at European Pentecostal Charismatic Research Association, conference in Riga, Latvia (Nov. 2-5, 2011): <http://www.epcra.ch/id-2011-riga>

b) *La necesidad de equilibrar un juicio*

Si en ese contexto intentáramos centrarnos en lo que los pentecostales ofrecen como lo más propio de su experiencia, probablemente se deba corregir la percepción que se tiene de ellos. En efecto, para muchos, el rasgo más característico del pentecostalismo sería la experiencia de la conversión y el bautismo en el Espíritu. Una experiencia que, como bien sabemos, comparten con más de 300 millones de carismáticos en diferentes iglesias cristianas, incluso en la Iglesia católica. Eso podría llevarnos a afirmar que el aspecto decisivo del pentecostalismo es el neumatológico. Sin embargo, si esto no deja de ser cierto, también lo es que los pentecostales, desde esa experiencia fundante, están convencidos de predicar el Evangelio en su totalidad o integridad, lo que se resume habitualmente, incluso en los grupos más pequeños y menos letrados, en lo que en inglés se denomina el *Foursquare Gospel* (“Evangelio Cuadrangular”), o, en otra versión, en la que se agrega un quinto elemento –*Full Gospel* (“Evangelio pleno” o “íntegro”), estructurado en una especie de credo simple:

“Jesucristo es el Salvador, el Sanador, (*el Santificador*), el Bautizador en el Espíritu y el Rey venidero.”

Por eso, más allá del marcado componente neumatológico, estamos ante un tipo de religiosidad que pone su acento en una relación viva con Cristo bajo diferentes aspectos, y que ha llevado a un teólogo pentecostal a afirmar que:

“El pentecostalismo, en contra del juicio de muchos observadores, no es principalmente un “movimiento neumatológico”, que se centraría en primer lugar en el ministerio carismático del Espíritu Santo. Más bien, el pentecostalismo es un movimiento cristocéntrico robusto.”¹⁴

La centralidad de Jesucristo, más aún, su exclusividad, explica, según estudios sociológicos, que entre los pentecostales haya una menor proclividad a la superstición o al sincretismo, a diferencia de lo que suele suceder en los ámbitos católicos animados por una religiosidad más popular. Para los pentecostales fuera de Cristo todo es idolatría.

c) *Una visión más justa: protestantismo pero con una identidad propia*

Si por su visión del Evangelio y sus orígenes históricos, los pentecostales se ubican en continuidad con la tradición protestante, al mismo tiempo, han sido portadores

¹⁴ V.-M. Kärkkäinen, «Guest Editorial: Pentecostal ecclesiology – does it exist?», *International Journal for the Study of the Christian Church* 11 (2011): 248.

de una innovación, que se ha hecho manifiesta en el diálogo luterano-pentecostal.¹⁵ En efecto, el énfasis puesto por M. Lutero en el Evangelio, como la proclamación de Cristo y, más precisamente, en el misterio de su Cruz, ha encontrado sin duda un eco en los pentecostales. Sin embargo, ellos lo han acompañado con un fuerte énfasis en la narrativa sobre la Iglesia, ya que, no exclusivamente, el evangelio de Lucas y el libro de los Hechos ocupan un lugar privilegiado en el anuncio pentecostal, siendo como el núcleo de su hermenéutica. El énfasis se encuentra en el “poder del evangelio” (1 Tes 1,5) contenido en la obra salvadora de Cristo, y evidente en la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés. Mientras que Lutero predicaba con frecuencia en y sobre Pentecostés, sin llegar a comentar el libro de los Hechos, los pentecostales, en cambio, ven a menudo Lucas-Hechos como una narrativa evangélica única y continua en la que se reinterpreta la Buena Noticia de Jesucristo y lo que acaeció en Pentecostés gracias a la obra del Espíritu. En consecuencia, si luteranos y pentecostales concuerdan en el núcleo esencial del evangelio en cuanto contenido, sin embargo, lo hacen con un acento diferente.

Para percibir más claramente la innovación pentecostal, hay que recordar que su retórica surgió de los movimientos de avivamiento evangélico que tuvieron lugar en los siglos XIX y XX, en los que ha sido central la experiencia del Evangelio más que su contenido doctrinal.¹⁶ El evangelio como proclamación de Jesucristo es, pues, el anuncio de la experiencia de Jesús, que aboga por una narrativa del ministerio del Salvador y pone de relieve las diversas experiencias de Jesús: santificador, bautizador en el Espíritu, sanador divino y esperado rey venidero. Esa apropiación del ‘ministerio’ de Jesús señala la diferencia pentecostal respecto al protestantismo histórico, y explica porqué el énfasis en un “Evangelio íntegro” surgió a cierta distancia de los planteos clásicos de la Reforma y los debates en torno a la justificación, la ley y el Evangelio.¹⁷ La idea que tomó cuerpo entre los primeros pentecostales de narrar sus experiencias con Dios, en el encuentro con Jesús, se expresa en el marco de referencia del conjunto de experiencias pentecostales, ya que el Evangelio “íntegro” alude, generalmente en forma kerygmática, a las buenas nuevas traídas por Jesucristo –salvación, santificación, bautismo en el Espíritu, sanidad o curación divina, y la llegada inminente del Reino

¹⁵ Cf. Lutheran–Pentecostal Study Group, *Lutherans and Pentecostals in Dialogue*, 9-10: <https://strasbourginstitute.org/wp-content/uploads/2012/08/Lutherans-and-Pentecostals-in-Dialogue-Text-FINAL.pdf>; ver, además, V.-M. Kärkkäinen, «Beyond Augsburg: Faith Alone and Full Gospel», *Lutheran Forum* 41 (2007): 45-48.

¹⁶ Para una clarificación del tema, en perspectiva pastoral, cf. J. Scampini, «Evangélicos y pentecostales. Una realidad compleja y un desafío pastoral», *Vida Pastoral* 60, N° 378 (2019): 7-18.

¹⁷ Cf. D.W. Dayton, *Theological Roots of Pentecostalism*, Hendrickson, Peabody, Mass., 1987, 15-23; M.J. Cartledge, «The Early Pentecostal Theology of Confidence Magazine (1908-1926): A Version of the Five-Fold Gospel?», *The Journal of the European Pentecostal Theological Association* 28 (2008): 117-130.

de Dios.¹⁸ Esas son las creencias fundamentales que alimentan la vida cristiana de los pentecostales.

Ahora bien, más que elementos de doctrina, presentados a modo de proposiciones, riesgo en el que podríamos caer desde una interpretación católica del pentecostalismo, estos elementos integran una narrativa de referencia para identificar la centralidad del encuentro con Cristo manifestado en varias experiencias en las que subyace el Espíritu Santo.¹⁹ Todos los elementos del Evangelio y su reflexión en la teología pentecostal están más inmediatamente sometidos a la integración en la experiencia narrada del Evangelio que formando un estricto marco doctrinal. Podría decirse que por las prácticas del Evangelio que surgen de los relatos bíblicos, la experiencia de los pentecostales es más la de acoger la Palabra que articularla como doctrina. Por lo tanto, el orden y el contenido del “Evangelio íntegro” no se definen de un modo estricto y pueden variar histórica y geográficamente, porque el marco de referencia de los cuatro o cinco elementos, según sea el caso, no es el resultado de una reflexión teológica sistemática o de una interpretación recibida de la Escritura, sino que funciona como un mecanismo descriptivo de la espiritualidad. Al estar conformado por una gama de experiencias personales y comunitarias, el motivo del “Evangelio íntegro” no hay que entenderlo entonces de manera reductiva, como una fórmula que expresa el contenido pentecostal de la doctrina.²⁰ Esos elementos no están lógicamente aislados, ni adhieren a una estricta secuencia teológica, ya que las experiencias subyacentes se han dado y se dan de modo diverso entre los pentecostales. De allí que el mayor desafío de la teología pentecostal, al entrar en diálogo con otros cristianos, sea evitar caer en una reducción del “Evangelio íntegro” a afirmaciones proposicionales sobre la salvación, la santificación, el bautismo en el Espíritu, la sanación divina y la venida del Reino, o peor aún, limitarse a uno sólo de esos elementos. En cualquier reduccionismo se perdería la dimensión del carácter acogedor de las experiencias y la consiguiente transformación, reflexión y prácticas, que se sitúan en el núcleo de cada elemento y de la narrativa del “Evangelio íntegro” en su conjunto.

3. ¿Cómo presentan los pentecostales en el diálogo con los católicos su modo de ser cristianos?

Un óptimo camino de conocimiento mutuo entre católicos y pentecostales ha sido el diálogo oficial entablado bajo patrocinio del entonces Secretariado para la

¹⁸ Cf. D.W. Dayton, *Theological Roots of Pentecostalism*, 21-23.

¹⁹ Cf. V.-M. Kärkkäinen, «‘Encountering Christ in the Full Gospel Way’: An Incarnational Pentecostal Spirituality», *Journal of the European Pentecostal Association* 27 (2007): 5-19.

²⁰ Cf. K.J. Archer, «The Fivefold Gospel and the Mission of the Church: Ecclesiastical Implications and Opportunities», en J.Ch. Thomas (ed.), *Toward a Pentecostal Ecclesiology: The Church and the Fivefold Gospel*, CPT Press, Cleveland, Tenn., 2010, 7-43.

Promoción de la Unidad de Cristianos (hoy Pontificio Consejo), iniciado en 1971, y que transita actualmente la séptima fase.²¹ Entre los diferentes estudios que se han llevado a cabo, el más provechoso para nuestro tema es el que tuvo lugar en la quinta fase, bajo el título: “Llegar a ser cristianos: Perspectivas extraídas de las Escrituras y de los escritos patristicos” (1998-2006).²² El estudio conjunto de las fuentes ha permitido a cada uno de los interlocutores presentar su propia visión fundados en la Revelación y la primera interpretación autorizada del texto sagrado. Así como ha sido notable la convergencia entre las visiones de los católicos y de los pentecostales, ha sido significativo también ver cómo para los pentecostales la experiencia se encuentra presente en todas las etapas del itinerario de la vida cristiana, personal y comunitaria. Recojamos los elementos más significativos para nuestro tema presentes en el mencionado documento del diálogo bilateral.

a) El papel que representa la experiencia:

Para los pentecostales la vida cristiana es siempre el proceso vivido por un adulto; este proceso comienza en el corazón de la persona que se siente atraída hacia Dios de muchas maneras.²³ Ese inicio se da por una experiencia de conversión, recibida mediante una invitación para responder al Evangelio, la acogida y la formación. Estos factores están destinados a iniciar al candidato en el camino de la vida cristiana a través de un proceso más profundo de conversión, fe y santificación, que fomenta la conciencia del amor de Dios y las buenas nuevas de la redención que llevan a la novedad de vida. Esto implica el abandono del pecado y la liberación del mal cuando se presentan al candidato las exigencias del Evangelio. Para los pentecostales:

“(…) el arrepentimiento y la conversión tienen dimensiones experienciales sólidas. (...) la conversión conlleva una ruptura decisiva provocada por la obra del Espíritu Santo. Hay, o debería haber, un claro “antes” y “después” en la biografía del converso. Muchos creyentes pentecostales pueden señalar el momento en que se convirtieron y dónde, y por lo general tienen un vívido recuerdo de su bautismo en agua. Idealmente, estos elementos de la iniciación cristiana son experimentados conscientemente y recordados como eventos altamente significativos en la vida del creyente. Los pentecostales

²¹ Los documentos finales de cada una de las fases del diálogo pentecostal se pueden consultar en el sitio web del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos: <http://www.christianunity.va/content/unitacristiani/it/dialoghi/sezione-occidentale/pentecostali/dialogo/documenti-di-dialogo.html>

²² Cf. *On Becoming a Christian: Insights from Scripture and the Patristic Writings with some Contemporary Reflections* (1998-2006) : <http://www.christianunity.va/content/unitacristiani/it/dialoghi/sezione-occidentale/pentecostali/dialogo/documenti-di-dialogo/2006-divenire-cristiano-prospettive-bibliche-e-patristiche/testo-del-documento-in-inglese.html>. Para una traducción al castellano, cf. *Diálogo ecuménico* 44, N° 138 (2009): 75-221.

²³ Cf. *ibid.*, §153.

argumentan que un mero asentimiento intelectual, incluso cuando se manifiesta en algo memorizado de forma regular, como la repetición del Credo, puede dar una expresión inadecuada de la fe cristiana a la luz del Nuevo Testamento, donde la conversión se ve como una experiencia que cambia la vida.”²⁴

Los pentecostales valoran las experiencias afectivas en la conversión, incluso las esperan, si bien sostienen con claridad que ellas no son necesarias para la salvación. Es habitual que los predicadores procuren afianzar a los fieles en la seguridad de su salvación. Pero ésta no depende de lo que el converso experimenta en el momento de su conversión. Por eso, si la dimensión experiencial es muy importante,²⁵ no lo es tanto como el cambio profundo en la forma de vida del nuevo creyente.²⁶

Ahora bien, a diferencia de lo que ocurría en el período inicial del movimiento pentecostal, hoy es más común que las personas lleguen a la fe en Cristo a través de un proceso gradual, siendo el caso más frecuente de los niños o jóvenes que han crecido en iglesias pentecostales. Este desarrollo gradual de la fe se lo reconoce también de manera generalizada como una conversión válida, si bien la dimensión experiencial es menos marcada. Esta práctica se realiza con la firme esperanza de que el creyente profesará abiertamente su fe en algún momento y declarará su disposición personal a seguir a Jesús. El momento habitual en que se expresa esto es el proceso del discipulado que prepara para la recepción del bautismo en agua.²⁷ Esta práctica, que innova el uso original, se ve fundada en el ejemplo de la conversión de Cornelio y su familia (Hech 10), y es hoy una experiencia global vivida por las familias pentecostales, ya que las conversiones de familias o comunidades enteras son frecuentes. Sin embargo, en coherencia con sus principios, se mantiene la preocupación de que esas conversiones grupales incluyan en algún momento una profesión personal de fe.²⁸

b) Experimentando la vida cristiana en comunidad

Para los pentecostales, el aspecto experiencial de la fe no se limita al comienzo de la vida cristiana. Por eso, se enseña a los nuevos cristianos a buscar al Señor diariamente en la oración y en la lectura de las Escrituras, y como guía en sus vidas. También se les invita a orar fervientemente en momentos de necesidad cuando la comunidad fraterna

²⁴ *Ibid.*, §154.

²⁵ De acuerdo a las cifras dadas en el Informe del Pew Forum, un 56% de los pentecostales en Argentina afirma haber vivido una experiencia de sanación; un 46% haber presenciado exorcismos; y un 34% haber experimentado en manera considerable los dones del Espíritu.

²⁶ Cf. *On Becoming a Christian: Insights from Scripture and the Patristic Writings with some Contemporary Reflections*, §155.

²⁷ Cf. *ibid.*, §156.

²⁸ Cf. *ibid.*, §157.

se encuentra reunida, animándolos a participar con la mayor frecuencia posible en las actividades de la asamblea y en algún tipo de ministerio en favor de aquellos que lo necesitan. Eso explica que, desde el inicio del movimiento, los pentecostales hayan sido socialmente activos con orfanatos, distribución de alimentos y ropa, refugio para personas sin hogar y otras formas de aliviar la necesidad social. Cada vez más, los pentecostales se involucran en las responsabilidades propias de todo ciudadano, creando conciencia y sirviendo efectivamente cuando es posible, sobre todo cuando se trata de abordar problemas éticos y sociales. En el mundo en vías de desarrollo es creciente la toma de conciencia de los pentecostales acerca de la responsabilidad política que tienen como cristianos y de usar su influjo personal y grupal para el bien de la sociedad, ya que el hecho de acercarse a Cristo con fe debe demostrarse en todos los aspectos de la vida diaria.²⁹ Estas dimensiones de la vida cristiana, desarrolladas en el documento bilateral, y que se verifican en los datos que proporcionan ciertas investigaciones, derriban ciertos mitos en cuanto a la espiritualidad pentecostal y lo que sería como una tendencia innata a evadirse de la realidad. Por el contrario, lejos de significar una evasión del mundo, esa espiritualidad parece llevar a un compromiso cristiano cada vez más efectivo.³⁰

Una cierta sencillez de vida, quizá una cierta ingenuidad, y el fuerte desarrollo de la vida comunitaria favorecen el hecho de que los pentecostales hablen abiertamente sobre el papel que representa la experiencia en sus vidas como cristianos. Con frecuencia hablan de sentir la presencia del Señor y de experimentar encuentros personales y comunitarios con Dios, reconociendo el carácter gratuito de todas las manifestaciones de ese encuentro. Estas experiencias pueden llevarlos tanto a períodos de profunda reverencia y de un silencio reflexivo (“silencio santo”), como a gritar, llorar, bailar, cantar o hablar en lenguas, o ser movidos para exhibir alguna otra manifestación. Sin embargo, son conscientes de que su respuesta depende ante todo de la presencia de Dios en ellos, una manifestación de su gracia que los alcanza inmerecidamente. Esa experiencia espiritual puede dar lugar a expresiones tanto individuales como comunitarias, como por ejemplo, confesar públicamente los pecados, orar y ungir a los enfermos, así como las manifestaciones carismáticas destinadas a edificar al pueblo de Dios.³¹ Por eso, las celebraciones pentecostales:

“(...) se llevan a cabo en una variedad de formas, que incluyen grandes servicios de adoración y celebración, servicios de evangelización, reuniones de oración y testimonio, estudios bíblicos y pequeños grupos. Dentro de la creciente diversidad de un movimiento de un siglo de antigüedad, hay una variedad de estilos de adoración que representan todo el espectro, desde formas de adoración muy demostrativas hasta formas más contemplativas y tranquilas. (...) Si bien permanecen intransigentes en

²⁹ Cf. *ibid.*, §164.

³⁰ *Ibid.*, §165.

³¹ Cf. *ibid.*, §166.

cuanto al contenido del mensaje cristiano y las convicciones morales que engendra, a menudo han incluido elementos culturales como el baile rítmico en la adoración y las formas indígenas de música.”³²

“Participar en prácticas que nutren la fe tanto del individuo como de la comunidad creyente es una parte estándar de la vida de los creyentes pentecostales. En sus reuniones hay un hambre inherente de experimentar juntos la presencia y el poder de Dios. Los servicios pentecostales brindan una oportunidad para que toda la congregación participe. (...) Es una de las formas en que los pentecostales ejercen el sacerdocio de todos los creyentes (cf. 1 Pe 2, 9-10). Creen que todos los miembros de la congregación tienen algo que aportar y que nadie está excluido de hacer la obra del Señor.”³³

Pero la vida cristiana de los pentecostales no se limita al tiempo que se pasa en oración, comunión y adoración, sino que se extiende, en cada persona que vive el Evangelio, y que representa a la comunidad cristiana, ejerciendo un impacto en el orden temporal. Se puede decir que no solo comparten con los católicos el llamado a evangelizar a las personas, sino que también están interesados en evangelizar la cultura y buscar la paz y la justicia.³⁴

Es en ese marco integral de la vida cristiana que se comprende la experiencia del bautismo en el Espíritu, una experiencia que no está desgajada del crecimiento en la vida cristiana y de la edificación de la comunidad:

“Los pentecostales están convencidos de que es importante que los creyentes busquen el bautismo en el Espíritu Santo. Para algunos, este evento está precedido por una experiencia de santificación, un avance o una obra definida de Dios para permitirles vivir una vida santa y prepararlos para el Bautismo en el Espíritu Santo. Si bien la mayoría de las denominaciones pentecostales no enseñan que haya una experiencia separada de santificación, todas están de acuerdo en que el crecimiento en la santidad es un proceso importante para toda la vida. El Espíritu Santo da el poder por el cual el

³² *Ibid.*, §171.

³³ *Ibid.*, §173.

³⁴ Respecto a esto quizá sea conveniente subrayar algo. En ciertos ámbitos se ha pasado de señalar la falta de compromiso con la realidad a la que induciría la espiritualidad pentecostal, a denunciar a los evangélicos en masa, cuya mayor parte son pentecostales, por el compromiso que los ha convertido en un ‘factor político’. Algunas lecturas de procesos vividos en países de América Latina y del papel representado en ellos por los evangélicos me han parecido insatisfactorias por lo poco fundadas, sea por la imprecisión en definir el sujeto genérico ‘evangélicos’, como por el traslado a-crítico de la lectura de una situación determinada a un contexto diferente. El ejemplo más claro ha sido aplicar a la realidad de Brasil de los últimos años lo que efectivamente se ha dado en países centroamericanos en décadas previas (Guatemala u Honduras).

creyente puede madurar en santidad y la fuerza para el ministerio.”³⁵

c) Algo fácilmente verificable desde una lectura de la realidad

Lo que se afirma en el texto del diálogo internacional, del que hemos recogido sólo algunos elementos, puede verificarse en nuestro medio, teniendo en cuenta los datos que suministra el informe del Pew Forum al que hemos hecho referencia. En efecto, las cifras relativas a algunos de los ítems evaluados, un índice de las distintas dimensiones de la vida cristiana, son más que significativas:

Un 43% de los argentinos ha sostenido que la religión es muy importante en sus vidas, este porcentaje, de acuerdo a las respuestas, representa:	Un 68% de los protestantes ³⁶	Un 43% de los católicos
De ellos, concurren a los servicios religiosos semanalmente	55%	15%
Dicen rezar diariamente	69%	38%
Leen la Palabra de Dios, al menos una vez por semana, fuera de la celebración litúrgica o del culto	47%	9%
Comparten su fe con otros, al menos una vez a la semana	18%	5%
Colaboran en las obras de caridad de la parroquia o de la asamblea	66%	54%
Aportan regularmente de sus ingresos a su iglesia	49%	15%
Sostienen que la ayuda más importante para los necesitados es acercarlos a Cristo	51%	18%
Sostienen que lo más eficaz es la ayuda concreta	37%	53%
Tenían una mirada negativa acerca de la legalización del matrimonio de personas del mismo sexo	70%	50%
Se han opuesto al aborto	76%	59%

³⁵ Cf. *On Becoming a Christian: Insights from Scripture and the Patristic Writings with some Contemporary Reflections*, §170.

³⁶ En la encuesta este rubro engloba todo el espectro protestante. En nuestro país la proporción entre protestantismo ‘histórico’ y evangélicos/pentecostales es aproximadamente de 1,5 de protestantes ‘históricos’ contra 8,5 pentecostales. Ante la crisis que viven las iglesias del protestantismo ‘histórico’, es probable que si se hubiera discriminado con mayor claridad la pertenencia de los encuestados, los porcentajes de esta columna serían más altos.

Conclusión

Para concluir, sólo cuatro breves reflexiones dirigidas hacia nosotros, católicos, ya que lo único que se encuentra a nuestro alcance es nuestra propia conversión y un cambio de actitud. En primer lugar, con los elementos que tenemos a mano, que no son pocos, no deberíamos descuidar un proceso de mayor conocimiento de la realidad del mundo pentecostal que nos rodea. Un conocimiento que debería cualificar el servicio de los agentes de pastoral, así como el interés por saber con precisión, *in situ*, cuáles son los grupos pentecostales presentes en el espacio geográfico de nuestras diócesis y parroquias. La ignorancia o la indiferencia manifiestan ya una actitud al respecto.

En segundo lugar, antes de ‘denunciar’ la acción de quienes son el ‘puerto de llegada’ de los católicos que dejan la Iglesia, deberíamos saber discernir con realismo cuáles han sido los límites de nuestra pastoral o de nuestra realización de la Iglesia, que ha favorecido que nuestras comunidades sean ‘puerto de partida’, en un viaje que la mayoría de la veces carece de retorno.

En tercer lugar, desde una mirada que sepa valorar lo positivo ‘cristiano’ de los grupos pentecostales, es importante aprender a percibir los elementos propios de la Iglesia y de la vida cristiana que ellos han potenciado, tocando resortes vitales de nuestro pueblo. Sería un modo de contemplarnos en ellos como en un espejo y ver qué deberíamos redescubrir o potenciar en nosotros.

Y, por último, si en todo diálogo hay algo de artesanal, porque está implicada la realidad de quienes dialogan, esto es más claro aún ante la fragmentación pentecostal. Sin embargo, nada impide ver cómo es posible establecer ya vínculos más estrechos en vistas de un testimonio cristiano común, sobre todo cuando en los debates públicos están en juego valores fundamentales. Si no diéramos testimonio de ellos, o fuéramos incapaces de defenderlos públicamente, estaríamos claudicando de nuestra fe. Y, cuando se trata de esos temas, como Jesús advertía a sus discípulos, quien no está contra nosotros, está con nosotros (cf. Mc 9,40).